

F R I O

por
TITA VALENCIA

Dieciséis años. Adolescente, soñador y virgen. Una tristeza implacable clavada en los cuatro puntos cardinales de sus ojos. Manos débiles, a las que nada ha logrado adherirse jamás. No ama nada ni a nadie.

—Por la mañana le di de desayunar. Ya no era ninguna sorpresa que no me diera ni los buenos días. Comió despacio, como siempre, sin saborear las cosas. Cuando llegó Genoveva yo salí para mi oficina. Ya iba por la esquina cuando Jorge me alcanzó corriendo. "¡Tía, tía!", me gritó. Me devolví, asustada. El muchacho estaba muy pálido y sin aliento. Si me parece que todavía lo veo, los ojos muy abiertos, así, llenos de luz y miedo. Se cogía una mano con otra como si temiera que fueran a escapársele. "¡Por Dios! ¿Qué te pasa?" "Oí que me llamaba." "¿Quién?" "Mamá." "¿Pero estás loco? ¡Mira que detenerme para esto! Deja en paz a los muertos. ¿Qué no te das cuenta de que ya son diez para las nueve? ¡Vaya contigo! Me has dado un susto..." "Tía, la oí tan claro, tan junto..." "Jorge, hijo...", decía. Me di la media vuelta sin contestarle. Claro, pensé, se niega a estudiar, a trabajar, a salir a la calle, a ir a misa. Siempre solo y ocioso, cualquiera oye voces. El demonio hace fácilmente presa de los desocupados. Tengo que ser estricta con él y obligarlo a llevar una vida activa y religiosa. Y, se lo juro, toda la mañana estuve con el pendiente. Hasta decidí regalarle una suscripción a la mejor revista deportiva, que cuesta, al año, cuarenta y cinco pesos. Y mi Devocionario, sí, con todo y ser muy fino, encuadernado en piel roja, filos de oro y cuatro cintas de seda blanca para marcar las hojas.

De su infancia conserva imágenes breves y ardientes, que suelen pasarle ante los ojos como una colección de grabados. Son impresiones fijas, de instantes pasmados en su vértice más filosófico, y exentas no solamente de movimiento, sino de causa y consecuencia.

Para él sólo había existido su madre. La recordaba, siempre a su lado, como una inseparable sombra rubia. Genio de ojos de aguamarina que conocía la magia de la ternura silenciosa, de la compañía fantasmal que entibia el áspero clima del insomnio y el secreto prodigioso de agigantar las microscópicas alegrías. Pero una noche incomprensible su luz maravillosa había quedado reducida a cuatro cirios, erguidos y chisporroteantes.

—Genoveva me contó que cuando volvió del mercado, Jorge estaba con un amigo. Los oyó discutir, y el amigo dijo, enojado: "Pues allá tú si no quieres venir al baile. Ni creas que me voy a morir sin tu compañía. Mira, amigos sobran, y de los que no están cantándole a uno todo el tiempo «que si me siento triste, que si me siento solo, que si quién sabe qué. . .» Se fue dando un portazo. Jorge, dice, ni se movió. Se estuvo sentado en el mismo lugar hasta la hora de comer. Por cierto que se acabó todo lo que le sirvió Genoveva. Luego, se volvió a sentar allí. "Niño, muévete", le dijo ella. El se hizo el sordo, esa y cuantas veces se lo repitió Genoveva, que quería hacer la limpieza. "Además de flojo eres malcriado."

Tras la jacaranda el cielo se platea. Aparentemente inmóvil, el árbol se estremece en un sollozo quedo pero violentísimo, tapizando el suelo con su llanto lila. Junto, una enredadera se marchita a manchones ocres y dorados.

Jorge se asombra de esa vida precisa, de contornos definidos, de volúmenes sólidos dentro del espacio y del tiempo. De la levedad del movimiento, de la futilidad de los cambios, de la cuadrada afirmación de las cosas. Se asombra del silencioso vaivén de la cuna humana de melancolía y se asombra del estruendo de la dicha y de las tempestades. Su extrañeza aislante lo aleja de los caminos comunes. Los que él ha buscado van del suelo al cielo, de su corazón a la periferia del universo. Y ya en esas alturas ha comenzado a helarse.

—Siempre se lo decía. Ahí está Genoveva que lo diga. "Jorge, haz algo. Trabaja, estudia, ten amigos, diviértete. La juventud es para gozarla. . ." Como si le hubiera hablado a la pared. No me hacía el menor caso; ni siquiera me oía. Ay, es tan difícil para una mujer sola guiar a un muchacho de dieciséis años. Peor cuando no es el propio ni se dispone de tiempo. A Jorge nunca llegué a conocerlo bien, a pesar de lo mucho que le pedía a Nuestro Señor que me iluminara para educarlo. Probé todos los métodos: lo dejaba indiferente el cariño, lo dejaban indiferente los castigos. Una vez llegué a pegarle, me acuerdo. Soy una pobre vieja nerviosa, pero de buenas intenciones, se lo aseguro. Y él, le decía. . . ¡tengo tan presente su cara! . . . se puso rojo de humillación, porque era orgulloso. . . pero no se defendió; ni se protegió, siquiera. Era un niño raro. No era nada fácil acercársele. Yo tenía que esperar cada noche a que se durmiera para poder bendecirlo, y allá de vez en cuando. . . ¡era huérfano, usted sabe! . . . allá de vez en cuando —le decía—, darle un beso sin que lo sintiera.

—Mamá. . .

La soledad, el desamor, vienen a ser un tumulto, una multitud que asfixia. Las palabras ya no llaman a nadie ni pertenecen a nada. En los subterráneos de la vida se va haciendo el silencio. Quedan al aire parcelas yermas de ilusiones sin ascenso, de nimios afectos, de ataduras triviales.

—Mamá. . .

Recuerda con precisión los cuatro cirios. El ha reunido en su cuarto, desde hace tiempo, decenas de velas apagadas de todos tamaños, de todos colores. Son sus únicas acompañantes. Cuando el frío lo domina, prende alguna. Siempre lo maravilla la cera, melancolía erguida, en cuya mecha puede prenderse el grito amarillo de una llama con su escape de pájaros de humo.

—Mamá. . .

Hoy quiere prender cuatro. Las más gruesas, para que le deshielen los tímpanos internos que lo están invadiendo.

—Sí, sabe, mi cuñada murió cuando Jorge tenía ocho años. No digo que fuera mala madre, Dios me libre, no, pero. . . lo tenía muy consentido. El niño no veía más que por sus ojos. Y claro, quién no ve el mundo color de rosa por los ojos de una madre; una madre bella, tierna, toda alegría, en fin. . . Pero luego son los problemas. Hace cosa de seis, ocho meses, vino mi hermano mayor a verme. Es un hombre entero como pocos, y nadie ha sabido ser tan enérgico con sus hijos como él. De los doce que tuvo con la pobre Marta, seis se le fueron de la casa y nunca volvió a saber de ellos. ¡Pero los seis que quedaron! Profesionistas todos, todos con título, ninguno casado, no se ríen jamás. Son la seriedad personificada. "A Jorge, o lo mandas a un convento o a un Colegio Militar, donde le expriman esa flojera a fuerza de privaciones. ¡Malos tratos y disciplina es lo que necesita para hacerse hombre!" Cuando Jorge se enteró se puso más sombrío que nunca. Por la noche se metió en la cama temblando. Yo oía desde mi cuarto sus sollozos ahogados, y no sé por qué lo volvía a ver niño, como aquella vez junto al féretro de su madre, que en paz descansa, llorando de la misma manera tímida, desamparada.

—Amigos sobran, y de los que no están cantándole a uno todo el tiempo "que si me siento triste, que si me siento solo, que si quién sabe qué. . ."

No bastan cuatro velas. Cuatro más. En verdad, hay que encenderlas todas. El frío es insoportable.

—"Jorge, hijo. . . Jorge, hijo. . ."

No queda un pabilo sin lumbre.

—"Siempre solo y ocioso, cualquiera oye voces. El demonio hace fácilmente presa de los desocupados."

se me pone la carne de gallina. Yo, pues. . . yo no necesito mucho dinero para vivir, señor, es cierto. Es cierto que con un calentador nuevo en la oficina, un poco más de polvos en la cara, y la felicidad. . . porque eso es, aunque no lo crea, la felicidad de besar mentalmente esa cabeza que le digo, llena de canas. . . ¡Pobre Jorge! ¡Pobre hijo mío! ¡El inocente ha pagado bien caro este horrible accidente! ¡Descanse en paz! Y ya le digo. . .

Arriba de ese pedacito de tierra (que la criada, Genoveva, y doña Consuelito regaron con lágrimas y letanías de difuntos), en el cielo color ceniza, más de cuatro estrellas, por las noches, crepitan silenciosamente.